

ALBERTO JIMÉNEZ URE

MORALEJAS



Asociación de Escritores de Mérida
Consejo Nacional de la Cultura, CONAC
Dirección Sectorial de Literatura





El Supremo de Imperio

A partir del día 13 de Abril del Año 2004, se le confirió la atribución de decidir *sobre la vida y la muerte* de numerosos habitantes del planeta. Fue constitucionalmente elegido Supremo de Imperio, el más importante cargo público de la *Tierra*. Tenía cincuenta y dos años, no padecía trastornos físicos ni mentales. Durante su existencia, no tuvo propensión al dispendio: a cometer acciones bárbaras o corruptas.

Lo llevaron al refugio subterráneo y *antinuclear* donde -se presumía- debía permanecer gran parte de su tiempo. Lo instalaron en una butaca con *puntos digitales* de control, frente a la cual una gran pantalla le mostraba todo cuanto sucedía en el denominado mundo. El acceso al sistema se activaba con su voz, previa y oficialmente registrada.

Cuando lo dejaron solo en esa espaciosa oficina, experimentó la inmensa responsabilidad de un Supremo de Imperio.

Como era discípulo de quien lo había precedido en el cargo, recordó una de sus advertencias de maestro: «*Nunca creas, ingenuamente, que el Poder que te será otorgado te hará menos falible. No presumas que es tan grande que nada lo supere o anule*»

Tenía autoridad *sobre la vida y la muerte*. De hecho y jurídicamente. A cada instante, en el monitor aparecían los blancos potenciales, los supuestos rivales o enemigos de la desarrolladísima república que ahora presidía. Nadie podía decidir por él o impedir que se materializaran sus antojos. Inclino su cabeza hacia atrás, sus facciones endurecieron y su mirada lució criminal.

En la butaca, cada punto luminoso y de colores distintos era una *orden satelital* de disparo de un específico *proyector nuclear*. Pensó que su maestro se había equivocado al infundirle ciertos temores relacionados con las desviaciones morales de un Supremo de Imperio: aun cuando todavía admitía que era un mortal, mientras respirase disfrutaría de su

condición de *todopoderoso*. Inclusive, ese primer día pensó que se perpetuaría en el cargo. Ninguna persona, investida o no de autoridad, lo emplazaría jamás a entregar el mando.

Cada nación del planeta apareció en la pantalla, identificada con un punto de color diferente. Amplificó –selectivamente- la imagen de varias. Captó el desplazamiento de los peatones, vehículos y animales por sus calles. Sintió inconmensurable placer al imaginarlos estallar –masivamente- tras el impacto de un *misil atómico*.

Puso los dedos índices de sus manos encima de los *puntos digitales*, con el alevoso propósito de activar un par de proyectiles contra dos países cuyos regímenes de gobierno detestaba. Empero, las imágenes de las poblaciones fueron sustituidas por la suya: sentado en la butaca de mando, en ese recinto más parecido a una cápsula blindada que a un despacho institucional.

El Comité de ex Supremos de Imperio observó la *implosión* del despacho

presidencial. Luego de tomar ritualmente de una pócima secreta, los miembros se dieron la tarea de examinar las credenciales de una docena de nuevas postulaciones. Alguien debía asumir, pronto, la máxima responsabilidad de la república.

La Casa No. 500

Al verla caminar frente a su residencia, un no identificado hombre le gritó –sucesivas veces- que ella «era una loca, sucia y prostituta más». La dama se detuvo, indignada, y le exigió que la respetara. Pero, el tipejo prosiguió calificándola como desquiciada. Explayaba sus ojos y reía sin cesar.

Cerca había una Prefectura Civil. La señora decidió acudir al lugar, para denunciar la actitud hostil y vulgar del individuo apostado en la Casa No. 500. Fue recibida por un policía que –igual- reía sin parar. Condujo a la ciudadana ante el prefecto que también era presa de las carcajadas.

-Un sujeto vociferó –repetidamente- que soy una loca, sucia y prostituta mujer –le dijo al representante de la autoridad-. Vive en la Casa No. 500. ¿Lo arrestará?

El Prefecto continuaba riéndose.

«-Vaya a la Fiscalía del Ministerio Público», señora, infirió.

Enfurecida, la mujer salió del sitio y caminó hacia la Fiscalía (nada lejos de ahí). Allá los funcionarios, perturbados por la risa, la atropellaban con sus cuerpos. Le sugirieron que abandonase ese territorio. Aterrorizada, regresó a su vivienda y advirtió a sus dos hijas que se irían de la ciudad: «-Algo extraño sucede aquí» –nerviosa, afirmaba.

-¿No esperaremos a papá? –interrogó una de las muchachas.

-Le dejaremos una nota –dispuso la madre.

Emprendieron la huida en la *máquina de rodamiento* de una de las chicas. La frontera estaba a escasos dos kilómetros de distancia. Pronto, llegaron y leyeron lo siguiente en una enorme valla publicitaria: *Demarcación territorial del Manicomio «Bello Campo»*.

En la casilla de inspección y requisa, un militar les pidió las boletas que oficialmente expedían los psiquiatras del Manicomio «Bello Campo».

-Si no tienen los permisos, no podrán salir – recio, las emplazaron y apuntaron con sus armas de guerra.

La explícita intimidación las obligó a retroceder a gran velocidad. Cuando retornaron, su hija mayor se estacionó en el garaje de la Casa No. 500: donde varios enfermeros, custodiados por feroces caninos, las esperaban con *chalecos de fuerza*. Debían inyectarles su medicación rutinaria. Ya habían sometido al esposo y padre, al cual mantenían acostado en una camilla.

Los ruegos de Lunanueva

Cansada de la gente que le circundaba (familiares y amigos), Lunanueva optó por encerrarse indefinidamente en su habitación: recámara equipada con una pequeña nevera, pantalla perceptora de *programación*

interestelar, un *acumulador de energía solar* que le servía de *calentador ambiental* y *enfriador* para los días de intenso verano (exento de circuitos electrónicos, de secreta formulación).

Tenía un moderno excusado, ducha y jabón líquido de procedencia extraterrestre.

Igual un condensador de agua atmosférica, y un *procesador de microorganismos* altamente nutritivos.

Lunanueva solía admitir su ateísmo, porque «*nadie que experimentase vivir durante el Siglo XXI podría creer en el reino de un Ser Supremo e Inmaterial*».

Sin embargo, meses posteriores a su encierro voluntario, fue presa de fortísimas depresiones que la impulsaron a rogar el auxilio de Dios: ese por el cual abogó Jesucristo, hijo predilecto del Padre Todopoderoso de cuanto existe en el Universo.

«-*Dios Creador* –arrodillada en un rincón del espacioso cuarto y frente a un espejo grande, imploró-. *Dame la dicha de no tener que*

comunicarme y que no se comuniquen conmigo quienes me rodean».

Repitió el ruego semana tras semana, hasta cuando cumplió seis meses de voluntario confinamiento. No oyó más las voces de sus familiares, que cesaron de pedirle suspendiera el retiro que se había impuesto. Pensó que Dios pudo escuchar y satisfacer su anhelo.

Transcurridas diecisiete semanas de ocultamiento, salió de la habitación. Afuera, en los corredores y recintos de la enorme residencia, todavía transitaban sus numerosos hermanos y hermanas con sus respectivas parejas: sus ancianos padres, sus tíos, tías, sus sobrinos y sobrinas, sus temblorosos abuelos y abuelas. Empero, ninguno la veía, escuchaba o palpaba. Ella los percibía, pero tampoco podía tocarlos u oír cuanto platicaban.

El sobreviviente

Ulterior a una relación casual e incestuosa con su hermano, Anakarina quedó embarazada.

Para no incriminarlo, nada dijo a sus padres. A los ocho meses, sintió un agudo dolor abdominal.

Fue llevada a un centro de atención médica y le practicaron exámenes sanguíneos, de heces fecales, tensión arterial y le hicieron registros fílmicos del interior de la placenta.

Pronto los especialistas en obstetricia le comunicaron a sus progenitores que debían extraerle las criaturas (eran dos).

La intervención quirúrgica fue exitosa. Pero, los fetos dejaron perplejos a los especialistas. Fallecieron a causa de los múltiples puñetazos que ambos se propinaron.

En la clínica, la *Junta Médica Mayor* decidió mantenerse hermética y evitar cualquier revelación periodística del suceso. Una noticia como esa podía ahuyentar a potenciales y supersticiosos clientes.

Transcurrieron dos años antes de que fuese de nuevo embarazada, esta vez de su abuelo. Similar a la primera ocasión, rehusó revelar el nombre del *preñador*. Si lo hacía, sería implacablemente acusada de *sadismo* por

haber tenido relaciones con una persona ciega y octogenaria.

Después de siete meses, adolorida y hemorrágica, acudió a la misma clínica y buscó a los obstetras que le trataron el primer y frustrado parto.

Los doctores le ordenaron un *filmregistro* y comprobaron que tenía seis fetos muy bien desarrollados, los cuales se disputaban a golpes el espacio. Portaban, inexplicablemente, filosas y diminutas dagas. La *Junta Médica Mayor* dispuso que fuesen sacados rápidamente.

Ya afuera, agonizaban. Lucían profundas heridas en el tórax, brazos, cuello, estómago y rostro. Desangrados, no resistieron su extracción prematura ni la pérdida de hemoglobina. En esa eventualidad, igual la Superintendencia hospitalaria aumentó su hermetismo. Excepto a la familia de Anakarina, no informaron a nadie más. Y les exigieron a los bien pagados cirujanos y personal paramédico no hablar interna o externamente respecto a lo ocurrido. Además,

resolvieron que la chica no sería atendida nunca más en ese prestigioso lugar.

A los cuatro meses, Anakarina conoció a un joven bachiller que se obsesionaría por ella. Casaron y fijaron residencia en otro país, muy lejos, para olvidar las cosas horrendas que ella experimentó.

Al cabo de veinte años, la pareja, doctorada en *ingeniería de sistemas* y que llevaba una existencia apacible y próspera (sin hijos), recibió un *email* de la envejecida madre de Anakarina. Preocupada, la señora les contó – al fin- que un sobreviviente de los séxtuples había escapado del psiquiátrico donde permaneció recluido desde la pubertad. Ellos restaron importancia a la advertencia y prosiguieron su tranquila existencia.

Luego de pocos días, los noticieros de la televisión informaron –profusamente- sobre el hallazgo de dos cuerpos (el de un hombre y una mujer) mutilados por un asesino del cual se desconocían sus características personales.

El Niño *Dios*

Cuando buscaban botellas y latas vacías entre los desperdicios constantes de la *Ciudad de las Celebraciones Perpetuas*, dos jóvenes indigentes se toparon con un *bienvestido* infante: de traje negro, zapatos blancos, sombrero y corbata rojos que los señalaba con un bastón púrpura.

-Les haré una proposición a cada cual –dijo el pequeño muchacho, mientras se quitaba el sombrero-. A ti, el de cabello encrespado y tez blanca, te ofrezco cinco minutos de un estilo de vida opulenta o pasar el resto de tu existencia disfrutando de una enorme fortuna si esperas diez años...

El *recogelatas* de tez blanca miró a su camarada, emocionado. *¿Qué decido?* –le preguntó-. Quiero tener todas las cosas, aun cuando sea durante cinco minutos. Será –ese niño- un mago.

-Soy Dios y vine a materializarles un deseo – esclareció el pulcro chico, que prosiguió con sus ofrecimientos-. A ti, mulato, te concederé diez años de riqueza a partir de ahora o cinco

minutos de vida infernal posterior al cumplimiento de ese tiempo.

Ofuscado, el joven de piel oscura abrazó a su amigo de penurias. Ocurrió luego que, para demostrarles que si era Dios, el niño movió su bastón e hizo que apareciera una mesita de luz encima de la cual yacía una pistola de aspecto muy real.

-De la Nada puedo lograr que surja cualquier cosa, desde un arma hasta un vehículo: desde un banquete hasta un mar, desde un lugar paradisíaco hasta un averno como el peor que jamás hayan ustedes imaginado.

Los vagabundos se alejaron un poco para confidenciar y tomar una decisión colectiva.

Se acercaron de nuevo al niño. El mulato tomó la pistola y le disparó más de diez veces, hasta abatirlo.

Ante numerosos testigos, minutos después ambos fueron sometidos por funcionarios policiales que patrullaban la zona. Les anunciaron que los detenían, *en nombre de la Ley*, por haber cometido *infanticidio* y los trasladaron hacia la comandancia.

Pronto llegó una *furgoneta forense*, de cuyo interior descendieron hombres vestidos de negro con placas policíacas. Tomaron fotografías y registros fílmicos. Levantaron el ensangrentado cadáver y se lo llevaron rápidamente.

Poco antes de arribar a la comandancia general, los arrestados confesaron no estar arrepentidos de haber cometido *infanticidio*.

-Ese chico era Lucifer –afirmaba el mulato, nervioso.

Pero sus custodias no les hablaban. Detuvieron el automóvil frente al establecimiento judicial y los bajaron. Al entrar, todavía esposados, fueron llevados frente al Jefe Supremo: un niño de traje negro, zapatos blancos, sombrero y corbata rojos, que portaba un bastón púrpura.

El enfermo del Mal de Parkinson

Yamile se levantó ansiosa. Quería hacer el amor y no tenía esposo ni amante. Cuando le sobrevenían las ganas, siempre incontenibles,

salía a la calle y se apostaba en el *Café París* (situado a poca distancia de su residencia).

Hacía frío, pero a ella no le importó vestirse con una cortísima y de seda falda que le quedaba demasiado ajustada al cuerpo.

Llegó al *boulevard* donde estaba instalado el cafetín y se acomodó en una de las butacas (la mesa tenía una enorme sombrilla). Pidió *chocolate caliente*.

Pronto se le aproximó un individuo tembloroso, que caminaba apoyado en dos bastones:

-¿Puedo sentarme a su lado, señorita? –la emplazó-. No me gusta tomar café solo. Estoy triste.

Era flaco, pero musculoso; buen mozo, manos grandes, tez blanca, abundante mostacho rojizo.

-Siéntate –le respondió Yamile-. Me dará gusto tu compañía...

-Gracias. Estaba seguro que no me rechazaría y, por eso, sugerí que me trajesen el café a su mesa. Anhelaba estar cerca de una hermosa mujer.

-De veras, ¿te parezco atractiva?

-Extremadamente...

No esperaron que el mesonero apareciese con las bebidas que pidieron. La chica se levantó para subirse la faldita, inclinarse hacia delante y adherir sus manos a la superficie rugosa de la mesa. El soltó sus bastones, se bajó el cierre del pantalón y sacó su extra largo y grueso pene (que ya lucía impresionantemente erguido). Dejaron de temblarle las manos, brazos y piernas cuando la sujetó por las nalgas para *falotrarla*.

Escandalizados, los demás clientes solicitaron la presencia de un policía para que los detuviese por el delito de *inmoralidad pública*. Muy cerca estaba el *Palacio de Gobierno*, siempre resguardado por gendarmes. El mesonero fue a buscar uno, pero vinieron tres. Pronto estuvieron frente a la pareja que, indiferente a las demás personas, todavía copulaba.

El coito emocionó tanto al bigotudo que comenzó lesionarle las nalgas a Yamile, hasta lograr que sintiera pánico y rogase el auxilio

de los oficiales de la policía que –absortos-veían la acción. Por fin los uniformados intervinieron, separaron con brusquedad a la chica mientras el infractor los agredía con sus brazos, manos y piernas que deslizaba rápido de un extremo a otro, similar a un experto en *artes marciales*. Los *resguardaleyes* lo apuntaban con sus armas.

-¡No le disparen a ese infortunado muchacho!
–gritó un elegante sujeto que, más tarde, se supo era un juez del circuito capital habituado a tomar café ahí-. Padece el «*Mal de Parkinson...*» No tiene voluntad sobre su *Ser Físico*.

No terminó de hablar cuando el joven aumentó la fuerza y velocidad de sus movimientos, sin dejar de darle puñetazos y codazos a los policías que trataban de someterlo.

-No lo toquen, sufre el «*Mal de Parkinson*» – repetía el magistrado al tiempo que el hombre, durante su fuga, lanzaba golpes a todas las personas que se atravesaban en su camino.

Receptor de sonidos, ruidos y voces

Poco antes de recibirse como *Ingeniero en Física Cuántica*, HP trabajaba en el perfeccionamiento de un *receptor de sonidos, ruidos y voces* basado en micro emisores de *antiátomos*.

Constituyó su tesis de grado académico, elogiada por quienes fueron sus profesores.

El aparato era un *cubo* de diez centímetros cuadrados, sin paredes, cuyas dimensiones sólo podían comprobarse gracias a sus *marcos de hilos de diamante*. Al centro del cubo se captaba una estrella que giraba sobre un elemento *almacenador de antiquarzs*.

Lo colocaba en el balcón de su apartamento, y registraba en diminutos discos todo cuanto hablaban sus vecinos. Luego reproducía los diálogos, depurándolos de los sonidos o ruidos. No era un trabajo complejo, simplemente de gran tecnología.

Aisló las conversaciones y descubrió que la mayoría de sus vecinos quería matarlo. Lo juzgaban como a un antisocial, una persona

engreída e incommunicativa. Especie de silencioso y demente científico. Planeaban lincharlo entre todos, para que ninguno purgase condena por el crimen. Se habían platicado la idea entre vecinos, liderada por el *Comité de Propietarios*.

HP se ofuscó. Meditó en redor de las únicas alternativas que tenía: denunciar u omitir lo que ocurría. Empero, decidió su defensa personal sin la intervención de la policía. Comenzó a multiplicar y almacenar *antiátomos*, a imagen y semejanza de toda la edificación con sus dueños.

Un día proyectó la imagen del lugar donde vivía, con sus ocupantes, pero sin paredes. Lo hizo durante el final de la madrugada, en los momentos cuando muchos se aseaban para vestirse: preparar los desayunos, calentar los vehículos, etc. Posteriormente cumplirían con llevar sus niños a las escuelas, e irían a sus oficinas para realizar sus labores diarias.

Cada cual fue desapareciendo, sin dejar vestigios de su existencia, al instante de ver y

tocar a su *réplica* reflejada en la *Edificación Cuántica*.

HP se enteró del suceso mediante informaciones de televisión, en una tasca donde solía libar en compañía de varios profesores universitarios. Sus amigos, científicos y estudiosos de la *Física Cuántica*, expresaron júbilo al enterarse que el extraordinario evento fue promovido por él.

Casi durante el alba, HP regresaba a su apartamento. Pero fue interceptado por su *antimateria*:

-Entiendo tus razones para haberlos exterminado –le advirtió-. Sin embargo, no me gusta beber solo en el edificio. *Vine por ti*.

Pelotón de fusilamientos

Le ordeno que organice un *pelotón de fusilamientos* –le dijo el Presidente de la *Décima República* al General Manuel Montesinos Martínó-. Es hora de imponer disciplina a los ciudadanos que se oponen a mi revolución...

-Pero, Señor –contradijo el militar y Ministro de la Defensa-: nuestra Constitución prohíbe la *pena de muerte*. Ud., ¿bromea?

-Soy el Comandante en Jefe. Cumpla con su deber. ¡Obedézcame!

-¿A quién o quiénes pretende «pasar por las armas», Señor?

-Le enviaré la lista de condenados esta noche. Quiero que esta madrugada comiencen las ejecuciones. ¡Retírese!

El oficial se levantó de la butaca donde –perplejo- permaneció unos minutos adicionales. Abruptamente, desprendió las charreteras de su uniforme y las puso encima del escritorio del Jefe de Estado. Tomó un papel en blanco y redactó, con su tensa mano derecha, la renuncia al cargo. Pidió –además- su *pase a retiro*. Al estilo marcial, presuroso e indignado, dio media vuelta y salió del *Despacho Presidencial*.

Fuera del *Palacio de Gobierno Nacional*, le comunicó a sus seis escoltas que ya no era Ministro de la Defensa. Tampoco deseaba que lo condujeran a su residencia en el vehículo

de la institución que tenía asignado. Se iría en taxi. Asombrados, los reclutas lo vieron partir sin formularle preguntas. Respetuosamente, los subalternos se llevaron las manos al sus sienes e hicieron sonar sus botas. ¡Lo admiramos, General! –al unísono, vociferaron.

La mañana siguiente, muy temprano, siguiendo instrucciones de alguien cuyo nombre no revelaron, quienes antes salvaguardaban su vida lo buscaron y detuvieron.

Lo golpearon con las cachas de sus fusiles porque el General se resistió al arresto y posterior traslado a la *Plaza de Celebraciones y Eventos Castrenses*. Llamaba la atención el conductor del lujoso vehículo de la *Dirección de Inteligencia Militar* (DIM), en el cual era –de prisa- transportado. Pese estar vestido con uniforme *verdeoliva*, usaba barba y cabello largo (inusual en los militares, de alto o bajo rango). Decía, sonriente, que los fusilamientos iniciaron durante la madrugada.

Al ex Ministro de la Defensa ni siquiera le permitieron que se quitara la pijama y vistiera su hermoso traje militar. Lo sometieron e ingresaron al automóvil descalzo y esposado. Cuando se aproximaban a la *Plaza de Celebraciones y Eventos Castrenses*, convertida en un enorme paredón y depósito transitorio de cadáveres (más de ochocientos), Manuel Montesinos Martinó comprobó que las detonaciones no cesaban ni un minuto. Pese a lo cual, se mantuvo en silencio. Lo bajaron y, sin quitarle las esposas, lo desplazaron hacia la zona de espera: frente al paredón en semicírculo demarcado con una cinta roja.

Sorpresivamente, a empujones, desnudo y con marcas físicas de torturas, dos coroneles trajeron al Presidente de la República. Uno lo aporreaba con una pistola mientras el otro lo ataba, con alambre de púas, a una gruesa estaca clavada en el centro del patio del improvisado paredón. Los mismos oficiales se dirigieron al lugar donde estaba el General Montesinos Martinó. Autoritariamente,

desarmaron a los soldados que lo flanqueaban. Desposaron al General y le extendieron una pistola con la cual, rápido, disparó a *quemarropa* contra los reclutas que lo habían sometido y maltratado.

Luego, los oficiales saludaron –en riguroso estilo marcial- al General y le pidieron que dirigiera el próximo fusilamiento.

La disputa

Frente a numerosos testigos, dos hombres emprendieron una fortísima discusión callejera a causa del extravío de un maletín que –repleto de dinero- uno de ellos le reclamaba al otro.

-¡Me has robado! –exclamó quien portaba una vistosa chaqueta de piel de cocodrilo-. ¿Dónde ocultaste mi maletín, miserable!

-No lo hice –respondió, nervioso, el sujeto trajeado deportivamente-. Me dirijo hacia mi oficina, soy una persona decente... *Es mi palabra contra la suya*, Señor.

-¡Es tu palabra contra mi bala! –prosiguió el enfurecido individuo que, súbitamente, desenfundó una pistola y le disparó al acusado antes de escabullirse entre la multitud de curiosos.

Solución extrajudicial

Macedonio Matera se desplazaba hacia su casa campestre cuando se detuvo para auxiliar a una dama –hermosa, alta y bien vestida– cuyo vehículo se había accidentado en la solitaria carretera.

El hombre, dedicado a la compra y venta de bienes inmuebles, quedó impactado por la belleza de la señora: que, rápido, se identificó: -Soy Luzmarina Santos de Ramiral, empresaria, y tengo una vivienda en la montaña. El motor de mi automóvil no enciende. Necesito que alguien me lleve hacia la más cercana parada de autobús o taxi. ¿Puede Ud., Señor?

El hombre la invitó a subir a su máquina de rodamiento y, en vez de llevarla a buscar un

transporte público, la raptó. La condujo a su casa campestre en la cual la violó, consecutivamente, hasta las 7 am. Cuando la dejó abandonada en el mismo lugar donde la halló.

Golpeada salvajemente por Macedonio Matera, esta vez fue auxiliada por un grupo de policías que cumplía con uno de los patrullajes rutinarios en la zona.

Por petición suya, la mujer fue dejada en una clínica privada de la ciudad. Quedó hospitalizada. Los policías notificaron la novedad a su esposo, el General (Retirado) Arturo Ramiral Bolívar: descendiente directo del Prócer Máximo de la *Guerra Independentista*. El esposo acudió al centro médico y conversó, durante tres horas, con la afectada: quien le informó sobre las características físicas del delincuente y de la vivienda en la cual el tipejo la mantuvo plagiada.

Días después, gracias a un «retrato hablado» hecho por los dibujantes de la Comandancia de Policía, el General ubicó al agresor de su

cónyuge. Le pidió a los uniformados que le dejaran resolver –personalmente- el asunto. Ellos lo complacieron y –tras prometerle que no intervendrían- le regalaron un arma no registrada y sin seriales perceptibles, de las que obtienen en los procedimientos de requisa o decomiso.

En un paraje solitario, una tarde Arturo Ramiral Bolívar interceptó el vehículo del violador. Apuntándolo en la cabeza con la pistola que le habían obsequiado los funcionarios, lo obligó a descender del vehículo.

-¡Dime tu nombre! –le gritó el militar y le ordenó que se acostara boca abajo sobre el pavimento.

-No me dispare, por favor, Señor –rogaba el raptor-. ¿Por qué me detiene?

-¿¡Violaste mi esposa!?! Responde la verdad!

-Lo hice, es cierto... Pero, no me asesine. Estoy dispuesto a firmar mi confesión ante Ud. y los detectives. Lléveme a la *Comandancia General del Centro de*

Investigaciones Criminalísticas. No me dispare, se lo suplico...

El General abrió la maleta de su vehículo y extrajo una caja de cartón, rigurosamente sellada con una cinta plástica. Se acercó al violador y se la colocó encima de su espalda, sin dejar de apuntarlo. Se introdujo de nuevo en su *máquina de rodamiento*, que permanecía prendida, y partió velozmente.

Sorprendido, Macedonio Matera agarró el paquete y se levantó. Lo abrió y advirtió que contenía una gran cantidad de dinero en *próceres impresos* norteamericanos, de alta denominación.

La cacería

Aburrido, Samuel –quien se había ganado un fabuloso premio de lotería- decidió comprar una enorme casa cerca de un bosque: un sitio realmente *paradisíaco*, para millonarios que evitaban tener contacto con la población vulgar y pobre del país. Por sugerencia de su esposa y dos hijos, decidió adquirir la lujosa

residencia. Se dedicaría a la caza de pájaros, fundamentalmente, pero a veces a la pesca (el montañoso lugar tenía un pequeño lago de agua cristalina y pura, plagado de peces)

Antes de instalarse en la hermosa propiedad, se dotó de cuatro modernos y automáticos rifles: abundantes municiones, cañas de pescar y vestimenta especial.

La tarde de un sábado, salió a cazar aves en compañía de su familia. Ese día se desplazaban de un árbol a otro, en cantidades impresionantes.

El cuarteto no tardó en disparar, consecutivamente, contra los pájaros de múltiples especies que pululaban en el bosque. El tiroteo se escuchaba en todas partes, pero negligentes funcionarios policiales rehusaban acudir a la zona para investigar.

La cacería fue exitosa. Al ocaso, padre, hijos y esposa regresaron a la vivienda con no menos de doscientas aves muertas: las cuales amontonaron y trasladaron en un gran saco de lona gruesa que arrastraron por entre la abundante vegetación.

En el terreno frontal de la residencia, montaron una parrillera y se dedicaron a beber cervezas mientras se fotografiaban y filmaban al lado del promontorio de animales muertos. Invitaron a numerosos amigos y amigas para narrarles cómo lograron la proeza de abatir a las víctimas. Compraron más de veinte kilos de carne de res y emprendieron la juerga hasta el amanecer: cuando, finalmente, todos, excepto la familia anfitriona, retornaron hacia la ciudad.

Durante un año, ininterrumpidamente, los sábados repetían las *cacerías macabras* y las fiestas para celebrar las matanzas. Pero, los pájaros no volvieron al bosque. Las manadas se desplazaban por otros espacios aéreos, muy distantes.

Los *nuevorricos* quisieron sustituir la caza por la pesca, pero igual no hallaron nada en la laguna. A la extraña situación se añadía el hecho que los brazos de los integrantes de la familia comenzaron a transformarse en alas. En pocos días, perdieron los cabellos y la vellosidad de sus cuerpos, que eran

reemplazados con plumas. Como sus piernas se convirtieron en patas, comenzaron a volar y posarse sobre los más fuertes ramajes de los gruesos y altísimos árboles.

Asustados por la presencia en el cielo de cuatro gigantescos animales voladores con rostro de humanos, los pobladores se organizaron para cazarlos y darles muerte.

Coito intermiso

Cada vez que hacía el amor, Jericó –lo tenía por norma irrenunciable- eyaculaba fuera de la *cavidad vaginal* de su mujer. Enfurecida, Ninfa protestaba: el *coito intermiso* era frustrante para ella, la negación de la plenitud sexual.

Jericó, sin embargo, sostenía que su método preservativo no era interrotto: él prolongaba suficientemente su *falotración*, en beneficio de su ardiente compañera.

Ninfa admitía que experimentaba sucesivos orgasmos, pero magnificaba la importancia

del *riego espermático* en el interior de su vagina.

-*Me siento bien cuando eyaculo externamente* –formulaba, en su defensa, el hombre-. *Además, me tranquiliza estar super seguro que no te preñaré. No es tiempo para traer vástagos...Si se cree instruido e inteligente, el Ser Humano debe contribuir – irrecusablemente- con la extinción de su especie.*

-Pero: tomo *píldoras anticonceptivas* – amargamente, replicaba Ninfa-. Es imposible que me embaraces. Quiero tu semen dentro de mi después del coito.

-Es importante la doble precaución... No soportaría el advenimiento de un hijo o hija en la situación monetaria desventajosa que padecemos. Tendremos que esperar mejores días.

Transcurrieron pocas semanas. Jericó –a quien el *Estado* le debía derechos laborales- cobró una nada despreciable cantidad de dinero que le permitió, repentinamente, adquirir una confortable casa y la equipó.

Además, guardó suficiente dinero para vivir holgadamente.

Ninfa recordó a su marido su promesa: apenas estuviese en condiciones para asumir el riesgo de embarazarla, eyacularía adentro. Ella le garantizó que no dejaría las *pastillas anticonceptivas*.

Durante su último acto sexual, poco antes de terminar, Jericó sintió que algo intentaba forzosamente salir de su falo, desde el *saco testicular*, por entre el orificio urinario: algo cilíndrico que lo desgarraba y provocaba un fortísimo ardor. Ninfa, feliz e indiferente al sufrimiento de su pareja, esperaba el chorro de esperma.

De pronto, el gozo que experimentaba la mujer se transformó en intenso dolor. «¡Saca tu pene!», «¡Sácalo, por favor, de prisa!» – suplicaba-. «¡Me muerde, es horrible!»

Jericó se apartó de Ninfa y comprobó que su *orificio urinario* se había dilatado asombrosamente, lo cual permitía que la cabeza y parte del cuerpo de una *serpiente escupidora* saliera del bálano.

La misa

En primera línea, siete feligresas esperaban – arrodilladas- que el sacerdote (párroco de *Pueblo Confín*) les suministrase la *hostia* para materializar la comunión con Jesús (El Crucificado).

Y apareció el cura, vestido con una sotana de seda blanquísima que tenía encajes rojos en los bordes. Llevaba, en su mano izquierda, un *portaoblea* púrpura. Con su diestra dibujaba en el aire cruces.

El presbítero humedeció su pulgar con el vino que –servido en una copa de *oro macizo*- le extendió un fornido joven *auxiliar de misa*. Luego procedió a colocar - ininterrumpidamente- las *hostias* en la puntas de las lenguas de las mujeres que, trajeadas con minifaldas y blusas escotadas, saboreaban primero el dedo del padre ante de tragarlas.

Las atractivas creyentes recibieron su *oblea* previamente bendecida, y el sacerdote les ordenó que se mantuvieran arrodilladas. Dejó

en manos del monaguillo el plato vacío de cristal y se levantó la sotana hasta la cintura.

-En tu nombre, Dios, mediante mi *falo*, redimo las culpas de estas pecadoras –en tono sentencioso, pronunció-. *La succión las liberará...* Amén.

Antes de ser decapitadas por el *auxiliar de ceremonia* con una afiladísima hoz, cada dama tuvo la oportunidad de chupar durante un tiempo aproximado de treinta segundos.

La sangre de las sacrificadas fue recogida en copas de *oro macizo* que se desbordaban, transformándose insólitamente en exquisito vino. Después se repartió entre los fieles que, aturdidos por el excesivo licor, salieron de la iglesia.

Fuera de la Catedral, por petición del indignado párroco varios policías arrestaron a un vagabundo que –borracho- narraba a los transeúntes cómo se realizaban las ceremonias religiosas ahí.

-*La Constitución Nacional ampara mi libertad de expresión* -furioso y resistiéndose a ser esposado, repetía el desconocido que

portaba una botella de aguardiente por documentación-. *Sobrio o borracho, el Hombre no está obligado –por ninguna Divinidad- a inclinar su cerviz frente a quienes acatan o hacen cumplir las leyes. Yo soy el sendero, la verdad, la vida y el juicio...* Ocurrió, de pronto, que los harapos del indigente se convirtieron en un pulcro manteo. Su inmundo rostro se limpió y su *Ser Físico* empezó a expeler una especie de *escarcha multicolor*. Silente, fue envuelto por una espesa neblina y se esfumó.

Cajones de madera

En la «Zona de Esparcimientos» de la *Casa Gubernamental para Retiros Espirituales*, Romel Carrasca tomaba pócima y departía con un nutrido grupo de sus más jóvenes pacientes. Ese sitio para descansar y platicar se hallaba en el traspatio, a escasos metros de la playa.

Inesperadamente, de lo profundo, la resaca trajo hasta la orilla varios cajones de madera.

Todos (varones y las hembras) miraron, asombrados y en actitud interrogativa, al médico.

-Quizá sean los restos de algún barco que haya naufragado –interrumpió el doctor su meditación.

Intranquilo, el más observador del grupo miró hacia atrás y notó que la *Casa Gubernamental para Retiros Espirituales* ya no estaba. En su lugar captó numerosos cocoteros. Luego, visualmente comprobó que había tantos cajones de madera como cantidad de ellos presentes en la playa.

El Patíbulo de las guillotinas

Los cuatro hombres –convictos, confesos y sentenciados- eran trasladados en un pequeño autobús de la *Fuerza Revolucionaria Armada Nacional* (FRAN) hacia el *Patíbulo de las Guillotinas*. Ahí, frente al tablado, un centenar de espectadores esperaba –impaciente- la llegada de los condenados.

Atados de manos a la espalda e intimidados por guardias que portaban fusiles, los reos subieron por una escalerilla hasta el tablado: donde, rigurosa y pulcramente vestido de negro, el verdugo del *Circuito Judicial Capital* (CJC) los esperaba.

Sin ser desatados, cada uno fue forzosamente arrodillado frente a una *guillotina*. Los funcionarios de la FRAN les colocaron y sujetaron las cabezas entre los semicirculares troqueles de una madera gruesa.

A cada cual, el verdugo preguntó cuál era su último deseo. El *Código Penal Revolucionario* (CPR) establecía ese beneficio en uno de sus artículos.

El Reo A dijo que anhelaba comer *parrilla de mariscos* (una mesera se acercó hasta donde él estaba con un exquisito plato de especies marinas)

El Reo B expresó que estaba desesperado por consumir *heroína* (una enfermera se presentó ante él con una inyectora y lo drogó)

El Reo C rogó que lo besara una rubia (una periodista, blanquísima y de cabellos amarillos, acudió de prisa).

El Reo D pronunció sus *ansias por vivir*.

Luego de –aproximadamente– sesenta minutos, tres pesadas cuchillas segaron igual número de cabezas.

-La ignorancia del Código Penal Revolucionario no exime a ninguno de su cumplimiento –infirió el verdugo cuando ordenó la liberación del Reo D-. Y el disfrute de la Justicia es irrenunciable.

Las tres cabezas separadas de sus cuerpos abrían –tardíamente– sus bocas para lamentarse y proferir insultos a su ejecutor.

El autobús

El autobús del transporte público –de la ruta *Tabay-Mérida*- se detuvo en la esquina de la Calle 18 con Avenida 5, para recoger a una dama embarazada.

Pero, inesperadamente, se introdujo un muchacho que sujetaba una fotografía y bolsa

plástica con su mano izquierda. En su cintura se percibía el mango de un cuchillo.

Ningún puesto estaba desocupado, motivo por el cual un amable caballero se levantó del suyo y lo ofreció para la señora que –a pesar de su abultamiento de ocho meses- llevaba entre sus brazos a un bebé de un año y medio de nacido.

Excepto un pequeño grupo de liceístas, nadie hablaba en el interior del incómodo vehículo. No habían recorrido quinientos metros cuando, desencajado, el muchacho que abordó en el mismo lugar que la mujer comenzó un rápido y atropellado parlamento:

-Buenas tardes, señores y señoras –se expresaba cabizbajo y exhibía la imagen fotográfica de un anciano en silla de ruedas-. Éste -que ven ustedes- es mi abuelo. Espera – en el *Hospital del Pueblo*- por recursos para que le sean amputadas ambas piernas. Está a mi cuidado. No es *diabético*. Durante varios meses, enfurecido, me dediqué a golpearlas con un martillo cada vez que me pedía comida. La que está a su lado, de pie, era mi

madre. Luego de una discusión, la mutilé. Nadie se enteró porque nos sirvió de alimento por dos meses. No estoy en condiciones de trabajar. Escucho a La Voz todo el día, esa que me incita a cometer crímenes y robos. Yo me resisto a convertirme en delincuente. Por ello, les agradeceré que me donen todo el dinero y prendas de oro o plata que lleven ustedes, buenas personas, para pagar la intervención quirúrgica al viejo. Quiero salvarlo: no tengo a nadie más a quien torturar. A cambio, les obsequiaré los caramelos de cianuro que llevo en esta bolsa. Cuando culminó su discurso, la máquina no se movía. Levantó la mirada y comprobó que no tenía ocupantes.

-El sentimiento de pánico une a todos los seres –repetidas veces, escuchó a La Voz mientras descendía por la escalerilla.

Afuera estaba su abuelo, sentado en su *silla de ruedas*. Tras suyo, los sesenta pasajeros que la víspera estuvieron en el autobús. Todos –hasta la embarazada y el bebé– blandían trozos de cabilla extraídos de un cercano -y en

proceso de construcción- edificio. Asombrosamente, el anciano –también pertrechado- irguió su *Ser Físico* antes de anunciarle al nieto la sentencia. Al fondo, en un terreno baldío, un obrero uniformado cavaba –con un pequeño tractor, presuroso- una tumba.

El General

Desde cuando estudiaba bachillerato, un ambicioso hombre [ya ascendido a General] estuvo dispuesto a realizar lo que fuere con el fin de merecer el mando nacional. Logró la máxima jerarquía militar y, sin embargo, todavía recibía órdenes. Solía releer, con pasión, *El Oráculo del Tirano*. Especialmente una de las aseveraciones de su autor, Deifobos: «*Sólo si ejecutas actos criminales e infundes terror a las personas, podrías ejercer poder sobre ellas e imponerles tu antojo*».

Una noche extrajo –ilegalmente- un lote de armas de guerra de la *Séptima Brigada*. Las

ocultó en el portamaletas de su vehículo y salió a la calle para reclutar adolescentes agresivos, capaces de participar en una acción insurreccional. El momento de iniciar la lucha por la Presidencia había llegado.

Fue repentinamente interceptado por un grupo de niños que, apuntándolo con pistolas, lo obligaron a bajar de su *máquina de rodamiento*. Lo arrodillaron a empujones, lo insultaron, le rasgaron el uniforme, le desprendieron las charreteras, le dieron puntapiés y le golpearon sucesivas veces la cabeza con las cachas. Luego lo despojaron de sus documentos personales, de su dinero y prendas de oro. Abordaron el automóvil y huyeron a gran velocidad, dejándolo muy lesionado.

Fue auxiliado por un taxista que lo trasladó a la *Séptima Brigada*. Al llegar, advirtió que los soldados portaban nueva vestimenta. Colocándose las charreteras que recogió del lugar donde fue asaltado, se identificó como General. Si no se marchaba de inmediato, los

muchachos le dijeron –sin ambages- que lo ajusticiarían.

-Tenemos una nueva *Constitución Nacional* – le informaron mostrándole *El Oráculo del Tirano*-. Llévase una.

Derechos Humanos

-La *Declaración Internacional sobre los Derechos Humanos*, firmada y difundida mundialmente por quienes representan a las *Naciones Unidas* [NNUU], garantiza mi *librepensamiento* y mi *vida* –advirtió el hombre y fue lanzado desde un helicóptero artillado del *Cuerpo Armado Nacional* [CAN].

Controversia entre revolucionarios

-Seré el Presidente de la República de V. – dijo uno de los principales comandantes guerrilleros, tras la toma violenta del Palacio de Gobierno, y desenvainó su arma.

-No lo sueñes –le advirtió otro importante *jefatural* de la insurgencia que empuñaba su pistola automática con la diestra y adhiriéndose al pretil del *Balcón del Vulgo* con su siniestra.

El alba iluminaba las calles repletas de cadáveres, vacías botellas de aguardiente *Heroica*, latas de cervezas, colillas de cigarrillos, residuos de tabacos de marihuana, cocaína, orines y materia fecal.

-Si no capitulas, sólo mediante las armas podríamos dirimir cuál entre ambos sobra en nuestra novísima *Revolución* –al unísono, se amenazaron los duelistas antes de caer muerto.

-Seré el Jefe de Estado –advirtió un tercer jerarca del Ejército de Liberación Nacional de V. (ELNV)

El «salto atrás»

-La criatura es, genéticamente, un «salto atrás» -aseveró el obstetra cuando, luego de practicarle la cesárea a una mujer negra, extraía al rubio bebé (la interventención quirúrgica era observada por el padre, también afroamericano)

-Él huye de la obscuridad -le dijo la enfermera *instrumentista* que lo asistía.

La súplica del atropellado

Socórrame, Señor, no me dije morir -suplicó el atropellado a su victimario, aprisionado bajo una de las llantas de la *máquina de rodamiento*-. La *Vida* sólo me ha deparado infortunios.

-Tranquilo, descansará en paz y será bienaventurado -le prometió el conductor, quien, luego de abordarlo de nuevo, retrocedió y adelantó sucesivamente el vehículo.

El periplo de la Muerte

-*La Vida es el periplo de la muerte* -creyó afirmar un escritor.

¿Quién mató al otro?

-¿*Quiere expresar su último deseo?* -preguntó *El Verdugo* a *El Condenado* antes de ser degollado con una filosa daga.

El brusco

-*Si quiere falotrarme, sólo podría ocurrir previo cortejo* -le advirtió la dama al hombre y cayó abatida por su durísimo pene, cuyo glande *punta de lanza* le perforó la matriz e hizo un orificio de salida a la espalda.

La fase suprema de la Muerte

-*La Vida es la fase superior de la muerte* -creyó afirmar un filósofo.

Pensión de alimentos

-Mi esposa, si quiere que yo firme la «Separación de Cuerpos», tendrá que hacer su oferta de *Pensión de Alimentos* para los perros con los cuales me quedaré -abatido, condicionó el hombre su inminente divorcio en el *Tribunal de «Primera Instancia» en lo Civil, Mercantil y Tránsito*.

Enfurecida y en compañía de su abogado, la mujer querellante se levantó y emplazó al magistrado a quitarse la capucha que tenía:

[...] «No puedo verle la cara, Señor Juez -dijo-. Descubra su rostro para advertirle que ninguna ley, de nuestro país u otro, contempla que una persona deba ser obligada a pagar *Pensión de Alimentos para mascotas*»

El jurista restó importancia a las palabras de la dama. Quitándose su negro *birrete*, decidió que ella debía depositar la mitad de sus remuneraciones mensuales en una cuenta a favor de los caninos. Al verla iracunda, ordenó a dos policías que la sacaran del *Tribunal*. Luego develó su faz para lamerse el hocico con su larga lengua.

Los azotes que liberan sufrimientos

«-Los hombres nacimos libres para serlo, pero fundamos sociedades que nos esclavizarían» -murmuró el individuo que recibía el décimo de los cincuenta azotes que le daría un soldado de El Gobernante, por haber exigido que le respetaran sus *Derechos Humanos*.

-El castigo temple el espíritu de quien lo recibe -repetía el fustigador.

-*Pásame tu látigo y, aparte de fuerte, te haré libre* -prometió el adolorido y ensangrentado penitente-. *Te golpearé con él hasta que nada de ti quede: será el fin de tus sufrimientos.*

El ejecutor fue cautivado por las palabras de la víctima y detuvo los azotes. Poco tiempo después, en acto público, los restos de ambos fueron cremados en la *Plaza del «Prócer Independentista»*.

El imbécil

El muchacho caminaba por un hermoso *campoverde* que lucía un tupido césped, parecido a los destinados para jugar *golf*.

Había, previamente, visto una gran pancarta que le advertía a los curiosos lo siguiente: Prohibido pisar la grama.

De súbito, salió a su encuentro un enfurecido vigilante: estaba armado con una escopeta recortada y -amenazándolo- le preguntó:

-¿No sabes leer, sopenco?

-Está bien, Señor -admitió el joven haber violado la propiedad privada-. No dispare. Me iré. No la pisaré de nuevo. Lo prometo.

El chico fue a su casa, muy cerca del custodiado *campus*. Tomó una vara de las usadas para realizar *saltos altos* en competencias deportivas, regresó y se detuvo a una distancia de quince metros del letrero de advertencia. Respiró profundo, levantó la flexible vara y corrió velozmente. Cuando la clavó con fuerza en la tierra, se impulsó y logró elevarse a cinco metros de altura: en un intento por pasar -vía aérea- el *campoverde*.

Se escucharon dos detonaciones y el cuerpo cayó en un profundo pozo, que estaba plagado de esqueletos humanos.

El mar desafiado

Arcadio viajó a *Playa Los Cocos*, sin equipaje, con el propósito de desafiar al *Mar Caribe* que esa mañana tenía fortísimas resacas.

Llegó y, de inmediato, se irguió en la orilla donde centenares de cangrejos lo rodearon. Comenzó a gritar:

-¡Eres el más estúpido de los mares que he conocido. Incapaz de intimidarme, te limitas a enviar cangrejillos para que me hagan cosquillas en los tobillos!

De pronto, una enorme ola lo envolvió abruptamente. Cuando redujo su furia, los turistas que se bañaban en el lugar vieron cómo una ballena gris mostraba -enfurecida- sus ensangrentadas fauces.

Ultimátum

Entre *El Naciente* y *El Poniente*, al centro de un vasto y pentagonal desierto absolutamente rodeado de turbulentas y marítimas aguas, el Hombre Tricéfalo recibió el *ultimátum*: para merecer su *Libertad*, estaba obligado a decidir el destino del planeta y sus moradores.

Análogamente, cada ángulo del pentágono terrestre exhibía un misil atómico (con sensibilísimos receptores de sonidos) que se activaría con una «orden de voz» simultáneamente emitida por las tres cabezas: las cuales sólo diferían en el color de sus largas cabelleras, que descendían hasta la cintura y el viento movía con ferocidad.

Siempre, cuando una de ellas iniciaba determinado parlamento, cualquiera de las restantes se le oponía.

-Se aproxima *El Poniente* y tendremos que decidir entre ser libres o convertir en «polvo cósmico» todas las especies que conocemos junto a su habitat natural -advirtió Cabellos Púrpura-. Somos en número *Tres* y *Cinco* las razas que se nos presenta para aniquilar: la

Financiera, la *Armada*, la *Intelectual*, la *Científica* y la *Esclava*.

-Pese a los sufrimientos que padecemos quienes estamos en este mundo, quiero que la existencia prosiga -dijo Cabellos Rojos.

-Si coincidiésemos en alguna idea, habríamos infaustamente decidido -infirió Cabellos Azules-. Mejor dejemos al *Azar* el advenimiento de «lo inevitable». Regresemos a tierra firme.

Sobrevino *El Poniente* al cual le procedió *El Naciente*, hasta el infinito. Y el Hombre Tricéfalo continuaba ahí, sembrado, de las caderas hacia abajo, en la arena. Despertaba y dormía, platicaba y -cansado de tanto y fatuo discurso- regresaba al silencio.

Duelo enrarecido

El pistolero miró hacia el final de la calle ciega. Luego condujo su mano derecha hacia un poco más debajo de su cintura, donde tenía una pistola. Estaba extremadamente nervioso.

Minutos después estiró los dedos y, con el pulgar, tocó la cacha dorada de su arma. Numerosos curiosos lo observaban, sin emitir ruidos ni pronunciar palabras. Súbitamente, desenfundó y disparó. Pedazos de su sien impactaron contra las paredes de una de sus edificaciones.

Moralejas

Albert, banquero de oficio, caminaba por un sendero desconocido que estaba plagado de plántulas al pie de las cuales había numerosas y amarillentas hojas, también flores sin orden esparcidas. Súbita e inexplicablemente, apareció ante él una *mujer metálica*.

-¿Crees que *vivir* es más difícil que *estar muerto*? –le preguntó.

-No sé quién o qué cosa es Ud., pero le responderé –perplejo, replicó Albert-. Me parece que *vivir es muy complicado*. Mi percepción de la *idea de la muerte* está relacionada con el descanso eterno.

-¿Eres valiente? A riesgo de ser abatido, ¿enfrentarías a un delincuente que -con una poderosa arma de fuego- haya asesinado a tu esposa e hijos?

-No soy un cobarde. Si un criminal hiciese a mi familia lo que que Ud. dice, yo lo encararía.

-Entonces, *no eres un hombre valiente.*

El hombre meditó sobre las palabras de la *mujer de metal*, que no le concedió tiempo para contestar. Ella prosiguió con su interrogatorio:

-¿Puede alguien ser simultáneamente pobre y sabio?

-Si podría una persona económicamente infortunada ostentar una gran inteligencia –se apresuró a responder el banquero.

-¿Necesita ser talentoso quien desee enriquecerse?

-Por supuesto.

¿Es un hombre superior a otro cuando tiene bienes de fortuna?

-No lo dudo.

-Entonces, *ningún sabio es pobre.*

Molesto, el sujeto dio la espalda a su interlocutora para intentar salir de esa ruta. Pero, segundos después se arrepintió y regresó ante la insólita persona para inquirirla: -¿Aceptas que nada que no haya sido previamente captado por tus sentidos puede existir para ti?

-Tiene fundamento lo que afirmas –admitió la fémina.

Sin importarle atropellarla con su cuerpo, Albert emprendió de nuevo su camino. Las calles y edificaciones que tanto conocía retornaron mientras él se tomaba una cerveza en lata.

SUMARIO

El Supremo de Imperio/**P.**

La Casa No. 500/**P.**

Los ruegos de Lunanueva/**P.**

El sobreviviente/**P.**

El Niño *Dios*/**P.**

El enfermo del Mal de Parkinson/**P.**

Receptor de sonidos, ruidos y voces/**P.**

Pelotón de fusilamientos/**P.**
La disputa/**P.**
Solución extrajudicial/**P.**
La cacería/**P.**
Coito intermiso/**P.**
La misa/**P.**
Cajones de madera/**P.**
Patíbulo de las guillotinas/**P.**
El autobús/**P.**
El General/**P.**
Derechos Humanos/**P.**
Controversia entre revolucionarios/**P.**
El «salto atrás»/**P.**
La súplica del atropellado/**P.**
El periplo de la *Muerte*/**P.**
¿Quién mató al otro? /**P.**
El brusco/**P.**
La fase suprema de la *Muerte*/**P.**
Pensión de alimentos/**P.**
Los azotes que liberan de sufrimientos/**P.**
El imbécil/**P.**
El mar desafiado/**P.**
Ultimátum/**P.**
Moralejas/**P.**

Duelo enrarecido/**P.**



<https://logicaycriticadeldiscurso.files.wordpress.com/2020/05/jimc389nez-ure-a-contracorriente-por-juan-liscano.pdf>

<https://urescritorfilosofactoeinvestigador.files.wordpress.com/2021/03/prontuario-literario-de-alberto-jimenez-ure-revision-28-03-2021.pdf>

https://www.taringa.net/+reviews/homenaje-academico-al-escritor-alberto-jimenez-ure_humel